

Uno de los principales signos de madurez en una democracia es la existencia de una comunicación fluida entre el pueblo y la dirigencia partidista, gubernamental y estatal. Una democracia participativa exige "puentes" entre las necesidades, problemas y aspiraciones reales de los ciudadanos y los proyectos de los partidos políticos que pueden transformarse en decisiones gubernamentales. Un sistema democrático que funcione como "gobierno del pueblo" tendría que realizar este circuito entre la vida real de la gente, los objetivos sociales que dan sentido a la nación y las decisiones estatales. En una democracia de partidos como la venezolana son estas organizaciones políticas las responsables de establecer ese circuito mediador entre la vida de la gente y la marcha real del gobierno y de la sociedad.

Ya en el zaguán de los treinta años de democracia una evaluación de nuestro sistema político desde esta perspectiva de la participación del pueblo, de la comunicación sociedad-Estado, gobierno-ciudadanía y de la respuesta a las necesidades reales para alcanzar nuestras metas sociales, quizá resulte inquietante. En efecto, los meses que llevamos de pre-campaña electoral, los desesperados intentos del Consejo Supremo Electoral por aparecer haciendo cumplir una hipócrita normativa a los mismos partidos y precandidatos que las propusieron y aprobaron, la permanente actitud de poner entre paréntesis los problemas y el ejercicio de sus obligaciones de miles de funcionarios públicos... dan la impresión de que la vida de los venezolanos va por una parte y la acción partidaria-gubernamental por otra.

Para ningún habitante del país son secretas las nuevas condiciones en las que nos encontramos. La desmesurada inflación y la abrupta devaluación del bolívar, que han dado al traste con las aspiraciones de subir el nivel de vida y minado profundamente las condiciones presentes, son un hecho cotidiano para los estratos medios y bajos de la sociedad. Las dificultades de conseguir trabajo han acabado con el esfuerzo de tantos jóvenes por adquirir alguna cualificación. Los niveles de ingresos reales han hecho que todos reajustemos no sólo nuestro nivel de vida actual, sino nuestros proyectos para el futuro. El proceso modernizador venezolano ha sufrido un cambio de signo: hasta los inicios de esta nueva situación —tan alegremente bautizada como "crisis"— el lenguaje del desarrollo progresivo estaba avalado por la realidad de un mejoramiento

global del país. Aunque la repartición interna de los beneficios de las mejorías ha sido históricamente injusta y creado brechas insalvables entre una minoría privilegiada y una mayoría que se ha mantenido en niveles de pobreza, el signo del conjunto del proceso fue de crecimiento. Ahora, en cambio, la tendencia global es al empobrecimiento y deterioro de los niveles alcanzados, con la excepción que confirma la regla del grupo que se ha enriquecido con y durante la crisis.

Esta realidad vivida y percibida por el pueblo venezolano está ausente del mensaje de la dirigencia partidista y gubernamental y a años luz de distancia de la conducta cotidiana de los sedicentes representantes del pueblo. Ante el profundo cambio en la vida de los venezolanos estamos asistiendo a una campaña electoral idéntica a las anteriores, "como si no estuviera pasando nada". El gasto que los partidos están haciendo apenas en las campañas internas resulta una burla a la situación de empobrecimiento colectivo evidente para todos. El estilo de movilización política, los discursos y actos, no han adquirido signos de la nueva situación. Más grave aún es la inexistencia de un debate sobre cómo hemos llegado, dónde estamos y cuáles son las alternativas de un futuro mejor para el pueblo. Seguimos oyendo las mismas promesas, vacías de una verdadera proposición para el futuro que pueda llamarse "proyecto político" y pueda aglutinar los intereses de los venezolanos.

Unos partidos que nacieron como abanderados de la modernización de la que ellos llamaron la Venezuela de la barbarie gomecista, no están siendo capaces de proponer un nuevo proyecto para el país, ni de transformar las nuevas necesidades del pueblo en decisiones y programas de sus gobiernos y programas.

La reacción de las cúpulas y dirigentes partidistas ante este tipo de observaciones viene siendo cansonamente decir que existe una "campaña contra los partidos políticos", producto de la ignorancia o falta de cultura política o de la envidia por no estar en los partidos que ganan elecciones (cf., por ejemplo, Gonzalo Barrios en declaraciones a El Nacional el domingo 13 de septiembre de 1987). ¿No será éste un signo más de esa peligrosa desvinculación entre la vida real del pueblo y el mundo que se han creado los dirigentes políticos? ¿No será esa desvinculación y escasa comunicación la mayor amenaza para nuestra democracia de partidos?